

*A. J. P. Seminario*

**EL PADRE**

**Juan Francisco Stappers**

SACERDOTE DE LA MISION

(LAZARISTA)



922.2  
S454

1939  
EDITORIAL AMERICA  
CALI-COLOMBIA

PADRES VICENTINOS  
SEMINARIO MAYOR "VILLA PAUL"  
BIBLIOTECA - FUNZA



Fecha: \_\_\_\_\_  
No. de Entrada: 6025  
Donado \_\_\_\_\_ Comprado \_\_\_\_\_



## EL PADRE JUAN FRANCISCO STAPPERS

El Sr. Juan Francisco Stappers, (Juan Francisco es el verdadero nombre del Sr. Stappers; sin embargo, en el Ecuador y Colombia, se le conoce con el nombre de Juan Bautista). Es el cuarto holandés que entró a la Congregación de la Misión; el primero fue Juan Brando que murió el 1º de junio de 1855, y el segundo, Antonio Smorenborg, muerto el 5 de enero de 1904. Fue precedido por el Sr. Armando Huberto Verschueren, profesor del Colegio Eclesiástico de Ruremonde, el cual fue admitido en San Lázaro el 13 de octubre de 1858 y murió cuando era Visitador del Brasil en Río de Janeiro, el 10 de agosto de 1880.

El Sr. Stappers nació el 26 de marzo de 1841 en el Limburgo en Grubbenvorst, aldea completamente católica, situada muy cerca de Venlo, a algunos kilómetros de Panningen. Allí pasó su infancia, de la que no tenemos ningún informe ni noticia.

En las raras ocasiones en las cuales hablaba de su propia persona, contó un día a algunos estudiantes que, siendo niño, de 11 a 12 años, soñó que navegaba atravesando un mar desconocido en dirección a lejanas playas, las cuales decía que eran muy semejantes a las primeras a que llegó en América. ¿Será preciso ver en esto el presagio de su futura vocación?

El Sr. Stappers tenía en su familia un hermano dos años menor, Gerardo Huberto, muerto en octubre de 1918, que había sido zuavo pontificio y que al volver a Grubbenvorst, después de la toma de Roma, casó y que hasta la edad de 75

años, poco más o menos, era el modelo de su parroquia. Asistía diariamente a misa y en ella comulgaba siempre.

“El más hermoso recuerdo de Roma, decía a uno de nuestros sacerdotes de Panningen—y esto denota la fe profunda de la familia de nuestro santo cohermano—“era cuando el Santísimo Sacramento pasaba y me encontraba de guardia y podía presentar las armas a Nuestro Señor Rey del Cielo y de la Tierra”.

El Sr. Juan Francisco Stappers hizo sus estudios secundarios en parte con los Franciscanos en Venraai, durante dos años, y en seguida en el Colegio Eclesiástico de Ruremonde, durante cinco o seis años. Allí también hicieron sus humanidades Monseñor Schraven y el Sr. Verschueren.

Conoció la Congregación de la Misión debido a un joven amigo, quien después de haber pasado algún tiempo en nuestra casa, entró al Colegio de Ruremonde y le habló de la Comunidad. Ese joven fue el instrumento de la Divina Providencia que suscitaba a la pequeña Compañía una buena vocación en un país en donde entonces era casi desconocida. Entró en San Lázaro el 3 de octubre de 1864 con uno de sus primos hermanos, el Sr. Van Hegelson, el cual cayó enfermo y murió en el seno de su familia el 26 de noviembre de 1869.

De su permanencia en San Lázaro sólo tenemos el testimonio siguiente, que en su brevedad dice mucho: “El Sr. Stappers fue siempre un modelo; era de una virtud sin defectos”. Así habla uno de sus condiscípulos, nacido el mismo día, entrado a la Congregación en el mismo año y que fue largo tiempo Superior de Seminarios menor y mayor. Además, un misionero que estuvo en París con el Sr. Stappers durante sus dos últimos años, escribió: “De ese querido cohermano se puede decir lo que dice la Iglesia de nuestro bienaventurado Padre: “*Semper sibi constans*”. Siempre el mismo. Tal como lo conocí en San Lázaro pude observarlo durante cerca de los 20 años en que fue mi Superior... Fue siempre un modelo de regularidad...”

Después de 5 años de estudios el Sr. Stappers recibió la ordenación sacerdotal en la capilla de los religiosos del Espíritu Santo, el 11 de junio de 1870.

Gustaba recordar la circunstancia de que celebró su primera misa en el altar en que la Reina del Cielo se dignó mostrarse a Sor Catalina Labouré. Fué asistido en ese acto solemne por aquél que debía ser su primer Superior y de sus manos comulgaron las primeras Hijas de la Caridad que vinieron al Ecuador. Pocos días después, sin volver a Holanda a despedirse de su familia, se embarcó en San Nazario con el Sr. Claverie y 10 hermanas.

El muy honorable Padre Etienne los enviaba a la Repú-

blica del Ecuador para establecer las obras de San Vicente de Paúl. Llegaron a Guayaquil el 18 de julio de 1870, y pocos días después de ellos llegaron también los Sres. Foing y Rieux destinados éstos a la fundación del Seminario de Popayán, en Colombia; allí pasaron juntos algunas semanas.

La permanencia del Sr. Stappers en Guayaquil fue corta. El año siguiente vino con el Sr. Claverie a Quito y ejerció las funciones de Capellán del hospital administrado por nuestras hermanas. Después fue profesor en el Seminario menor durante 5 años, al cabo de los cuales pasó a Loja, donde estuvo como Superior en la época del Santo Obispo franciscano, Monseñor Masía. No tenemos ningún detalle de su permanencia en esa ciudad.

En 1886 volvió a Quito como Superior del Seminario menor, hasta el día en que se vió obligado a salir del Ecuador, el 2 de noviembre de 1899.

Sin embargo, tres años antes de esa fecha, tuvo una falsa alarma que pudo ser fatal. En septiembre de 1896, en las cercanías del Seminario mayor, el Sr. Stappers, regresaba de Carapongo, donde había ido a visitar a un leproso; fue detenido por un soldado que no tenía para ello ninguna orden. Permaneció arrestado durante dos días y dos noches, y luego puesto en libertad gracias a la intervención de uno de sus amigos.

Algunos días después, con un pretexto cualquiera, fue desterrado por el General Antonio Franco, encargado del poder. Partió, no podemos decir exactamente en qué condiciones. Su viaje, su huída se efectuaron en varias vueltas durante las cuales encontró un guía que después de mil dificultades, de mil alarmas y sufrimientos sin cuento, con golpes de audacia frecuentes, lo condujo a Guayaquil. El viaje duró probablemente unos 15 días o más. Varios sacerdotes quisieron saludarlo a su paso para atestiguarle una vez más su afectuosa gratitud. En una parroquia habían podido reunirse unos 15.

El Sr. Stappers vivió en Guayaquil varios días sin moverse y pudo asistir al incendio de 9 de octubre de 1896. Poco después, gracias a la intervención de una dama muy influyente, pudo obtener del gobierno las garantías necesarias y volvió a su querido Seminario de San Luis de Quito, donde no le faltaron alarmas en los años siguientes, hasta su partida definitiva en noviembre de 1899.

Así, pues, el Sr. Stappers vivió en el Ecuador de 1870 a 1899, lo que quiere decir que él vió desarrollarse en ese país acontecimientos muy importantes: los años de reforma y de progreso religioso, moral y material de la última administración de García Moreno; el asesinato del ilustre Presidente y los días de duelo nacional que le siguieron; la posterior su-

cesión de gobiernos honrados, pero tal vez menos firmes y menos experimentados; luego el advenimiento violento y el establecimiento del liberalismo.

¡Cuántas no debieron ser las penas morales y las congojas del buen Sr. Stappers viendo oscurecerse el horizonte de día en día! Tales cambios en la vida de un pueblo no suceden sin sacudimientos, sin sorpresas, y el Sr. Stappers, a pesar de su vida tan pacífica y de la estimación de que se veía rodeado, más de una vez tuvo mucho que sufrir. En fin, circunstancias desgraciadas, independientes de la autoridad eclesiástica y de la Congregación de la misión, obligaron al muy honorable Padre Fiat, Superior General, a suplicar al Sr. Stappers que se trasladara a Popayán, donde debía tomar la dirección del Seminario menor. El Sr. Stappers, estimado y amado de sus cohermanos y seminaristas, hizo callar las emociones de su corazón tan sensible. Después de cortos preparativos, reunió secretamente a sus cohermanos para despedirse y el 2 de noviembre de 1899, salió, atravesó la ciudad acompañado de un solo cohermano y siguió su camino con un buen hombre que lo alcanzó al sur de Quito, en la vía de Guayaquil, puerto en el que debía embarcarse. Ese viaje fue para el cuerpo, el alma y el corazón de nuestro misionero, un largo vía-crucis en el cual la Providencia le proporcionó algunos buenos Cirineos. Los seminaristas supieron en breve la grande e inmensa pérdida que acababan de tener.

Para mostrar la estimación y el afecto de que gozaba el Sr. Stappers en Quito, reproducimos algunas líneas tomadas de un artículo del "Boletín Eclesiástico", revista oficial de las diócesis del Ecuador, publicado con motivo de sus bodas de oro sacerdotales.

"El R. Padre Juan Stappers, durante el espacio de más de 30 años, edificó al Ecuador con sus virtudes y formó en los Seminarios menores de Quito y de Loja los hombres que debían figurar más tarde, como sacerdotes, abogados, médicos, etc. Llegado en 1870 permaneció en nuestra patria hasta 1899, época en que fue desterrado por la impiedad reinante entonces. La labor admirable del Padre Stappers, a quien todo el mundo conocía mas bien con el afectuoso nombre del Padre Juanito, se palpa en el número relativamente considerable de sacerdotes, educados por él y que ocupan en las diócesis todos los grados de la jerarquía eclesiástica. El R. Padre Stappers fue para la juventud, así como el inolvidable Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas para la niñez, el mejor de los educadores y maestros; al mismo tiempo que la enseñanza, prodigaba con su ejemplo la semilla de la virtud".

La población del Ecuador es de 3.000.000, poco más o menos, de habitantes. La jerarquía eclesiástica se compone de un Arzobispo (Quito)

y seis Obispos. Comprende además, tres Vicariatos y dos Prefecturas Apostólicas.

Quito, capital del Ecuador, en la época del Sr. Stappers, de 60 a 70.000 habitantes, cuenta 150.000 según el censo de 1933. Erigida en Obispado en 1545 y en Arzobispado en 1848. Durante el tiempo de la permanencia del Sr. Stappers en el Ecuador, fueron Arzobispos de Quito:

- 1.—Monseñor Ignacio Checa y Barba (1868-1877) quien hizo venir a los Lazaristas y les confió los Seminarios; murió envenenado el 30 de marzo (Viernes Santo de 1877).
- 2.—Monseñor José Ignacio Ordóñez (1877-1892) quien antes había sido (1863) gran auxiliar de García Moreno en la negociación del Concordato y acometió activamente la construcción del actual Seminario Mayor.
- 3.—Monseñor Pedro Rafael González y Calixto (1892-1904) quien en los primeros años del Seminario fue profesor de Sagrada Escritura. En la época del Sr. Stappers, las casas de los Padres Lazaristas, eran, en el Ecuador:  
Quito, Capellanía del hospital (1871).  
Quito, Seminario mayor (1872).  
Quito, Seminario menor (1872).  
Guayaquil, Capellanía del hospital (1871).  
Loja, Seminario mayor y menor (1876).  
Guayaquil, Obispado erigido en 1837, contaba tal vez en esa época 50.000 habitantes; hoy son 200.000.

Loja, Obispado erigido en 1866, tenía entonces 10.000 habitantes. En esa época el Obispo era el venerado Monseñor José María Masía y Videla, franciscano español, consagrado en Lima en 1876 y muerto el 15 de enero de 1902, también en Lima, donde se vió obligado a retirarse en 1896 a causa de la persecución.

Reproducimos además, con placer, esta bella página escrita por el Vicario General de Quito, con motivo de la muerte del Sr. Stappers:

"La formación del clero, que es la noble misión de los meritorios y modestos Lazaristas, el beneficio inestimable concedido por Dios al Ecuador, era también la obra predilecta de su corazón y de su celo. Los sacerdotes que se formaban en los Seminarios y que el R. Padre Stappers había alimentado desde su niñez, con la leche de sus virtudes y de su ciencia, era su corona y su gloria; hoy tiene su recompensa. Por otra parte, en medio de las amarguras, contradicciones, desfallecimientos de su santo ministerio, no encontraban más sólido apoyo, consejo más seguro, palabra más alentadora, alma más compasiva, que el alma y el consejo de su Padre. Y si el Prelado era la cabeza de sus sacerdotes, el R. Padre Juanito era el corazón del clero".

Colombia.—El Sr. Stappers llegó a Popayán en plena guerra civil, en el mes de diciembre de 1899. Allí debía pasar 11 años; cinco como Superior del Seminario menor y los seis restantes como Superior del Seminario mayor.

*Colombia tiene, según el último censo de 1938 más de 8.000.000 de habitantes.*

*La jerarquía eclesiástica se compone de 4 Arzobispados, 12 Obispos, 3 Vicariatos, 7 Prefecturas Apostólicas y 1 Misión sui juris.*

*La Congregación posee en Colombia 3 Seminarios diocesanos, varias casas de misiones, 2 prefecturas apostólicas, la casa central donde se encuentra el Seminario interno y los estudios, y una escuela Apostólica.*

*Cali, obispado erigido en 1910, es la capital del Departamento del Valle, con 100.000 habitantes. Los cohermanos son capellanes de varias casas de Hijas de la Caridad, particularmente de su casa Central.*

*Popayán, erigido como Obispado en 1546 y como Arzobispado en 1900, capital del Departamento del Cauca. Los Padres de la Misión se encargaron del Seminario en 1871 bajo la dirección del Sr. Gustavo Foing. Era entonces Obispo, Monseñor Bermúdez. El Sr. Stappers conoció allí dos Arzobispos: Monseñor Manuel José Cayzedo, trasladado a Medellín en 1905, y Monseñor Manuel Antonio Arboleda, lazarista. (1907-1923).*

*Santa Rosa de Cabal, ciudad de treinta mil habitantes, escuela apostólica de la Provincia, establecida primeramente en Cali en 1886 y trasladada a Santa Rosa en 1896. En 1907, el Visitador trasladó por un tiempo, de Cali a Santa Rosa, el Seminario y los estudios que están ahora en Bogotá.*

*Manizales, Obispado erigido en 1900, capital del Departamento de Caldas; 80.000 habitantes. En la época del Sr. Stappers era Obispo Monseñor Nacianceno Hoyos, (1901-1923). Santa Rosa pertenece a la Diócesis de Manizales.*

*Poseía la estimación y la veneración de todos sin excepción. Monseñor Cayzedo que tenía en él la mayor confianza, venía frecuentemente al Seminario y gustaba de tomar consejo del Sr. Stappers. Las Hijas de la Caridad también lo veneraban.*

*“Por su exterior digno y modesto, (escribe una de ellas) hacía pensar en Dios; era como un retrato de San Vicente. En todas sus acciones manifestaba su bondad y amor a Dios. Admirábamos su celo por la salvación de las almas. A pesar de sus ocupaciones como Superior y profesor, tenía tiempo para confesar los enfermos del hospital.*

*¡Con cuánta diligencia y cuidado se ocupaba en preparar a los niños para la Primera Comunión! Llamaba la atención la paciencia y caridad admirables con que trataba y atendía a los más pobres y menos inteligentes. Desplegaba la mis-*

*ma actividad para enseñar el Catecismo a las niñas de las clases de las Hermanas.*

*Su compasión por los pobres enfermos y las personas afligidas era admirable. Las Hijas de la Caridad del Hospital de Popayán conservan un gran reconocimiento por todos los servicios que les prestó durante una terrible epidemia de tifo. Diariamente iba a celebrar la misa, administraba los últimos Sacramentos a las Hermanas que estaban en peligro de muerte, y a pesar de la distancia del Seminario al hospital, visitaba dos veces por día a aquellos cuyo estado era más grave.*

*Todas las personas que conocían la piedad del Sr. Stappers tenían la mayor confianza en sus oraciones; varias atribuían a la eficacia de éstas, la curación de los enfermos graves o la recepción de gracias particulares”.*

*En cuanto a sus alumnos, he aquí el testimonio de uno de sus discípulos, hoy vicario foráneo, cura de una de las principales parroquias de la Diócesis de Popayán y Prelado Doméstico de S. Santidad:*

*“El Sr. Stappers fue verdaderamente un Santo. Al mismo tiempo que trabajaba eficazmente en la formación del clero, subía activa, rápidamente a las alturas de la perfección cristiana. Lo he admirado como profesor, director y modelo de todos los que como yo, tuvieron la feliz fortuna de formarse bajo su sombra bienhechora en los claustros del Seminario mayor de Popayán. Así puedo decir lo que vi y sentí.*

*“Era piadoso en alto grado y edificaba profundamente cuando celebraba el Santo Sacrificio de la misa. Muy a menudo, como ayudante, tuve el placer de acompañarlo al altar y siempre vi en él algo extraordinario.*

*“Era también un espectáculo edificante el de verlo y verlo rezar el Oficio Divino.*

*“En la dirección del Seminario se mostró prudente y celoso a la vez; sus oraciones, sus consejos, sus direcciones, sus determinaciones eran vaciadas en el cuño de un notable tacto y de una firmeza que no daban lugar a ninguna vacilación ni preocupación.*

*“Su caridad era admirable. A pesar de su edad, le gustaba mostrarse familiar como un niño y procurar a sus hijos espirituales los objetos de piedad que podían servirles y hacerlos participar generosamente del fruto de sus santas oraciones y de los favores que el cielo le concedía en abundancia.*

*“Yo, que debo la coronación de mi vocación sacerdotal, después de Dios, a ese padre espiritual tan inteligente y tan amable, venero su memoria, admiro sus virtudes y en presencia del Eterno, le ofrezco el homenaje ferviente de mi reconocimiento”.*

En 1910, el muy Honorable Padre Fiat, pidió al Padre Stappers un nuevo sacrificio: el de abandonar a Popayán para tomar la dirección de la importante casa de Santa Rosa de Cabal, donde entonces se encontraban reunidos, con la Escuela Apostólica, el Seminario interno y los estudios de la Provincia de Colombia. Nuestro venerado cohermano guardó un silencio absoluto sobre su promoción, y el mismo día de la salida de los alumnos, partió muy temprano del Seminario mayor sin que nadie, excepto algunos cohermanos, supiera que se iba del todo.

*Santa Rosa de Cabal.* En Santa Rosa el Sr. Stappers fue rodeado de la misma veneración que en Quito y en Popayán, durante los 6 años que dirigió esa casa.

El perfume de su virtud embalsamaba a todos aquellos que tenían la felicidad de acercársele y se extendía a lo lejos. No hay por qué asombrarse de que Monseñor Hoyos, obispo entonces de Manizales, ciudad cercana a Santa Rosa, lo hubiera invitado varias veces y con insistencia a predicar el retiro eclesiástico. Al fin, como el Sr. Stappers se excusara a causa de su ceguera: "Quiero que venga, decía Su Señoría; que me traigan al Santo, aunque no predique; quiero únicamente mostrarlo a mis sacerdotes". Iba y predicaba, y en sus instrucciones impresionaba verdaderamente a sus oyentes, aunque su palabra no tuviera nada de la elocuencia ni los adornos de la humana sabiduría. El Sr. Stappers predicaba *in ostensiones Spiritus et virtutis*.

Ya algo sordo, su vista también se debilitaba a consecuencia de las cataratas y tuvo necesidad de pedir al Nuncio de Bogotá la autorización para decir la misa votiva de Beata. En su impaciencia por recobrar la vista, puso todos los medios; durante las vacaciones de 1914 hízose operar del ojo derecho, pero la operación prematura no dió buenos resultados. El ojo demoró en sanar; un poco más tarde reapareció la catarata y el pobre Sr. Stappers quedó casi completamente ciego.

En octubre de 1914 celebró sus bodas de oro de vocación en la Compañía; pero como entonces estaba Europa en guerra, y Bélgica a la que él amaba tanto como a su patria, se hallaba en ruinas, no quiso ni cumplimientos, ni cantos, ni representaciones; únicamente aceptó la fiesta religiosa; celebró él mismo la misa solemne y dió vacaciones a todo el personal de la casa.

Continuó trabajando con mil sufrimientos y dificultades. Al fin del año 1916, sordo y ciego, tuvo que abandonar la dirección de la Casa Central de Santa Rosa. Poco después cayó enfermo y como el médico aconsejó el cambio de clima, el Visitador lo envió a Cali. Dejemos que hable el cohermano que lo acompañó en ese viaje:

"Mucho le costó salir de Santa Rosa y decir adiós a la Escuela Apostólica y a sus clases de latín; y tengo buenos motivos para creer que hizo generosamente ese sacrificio. Designado para acompañarlo a Cali, la vispera le ayudé a preparar lo que debía llevar; eso se reducía a casi nada, fuera de las cosas absolutamente necesarias. Momentos antes de partir, se fue como pudo a la Capilla y allí lo vi después de un momento de profunda oración, prosternarse, besar el suelo muy humildemente y luego salir bañado en lágrimas. Pienso que ese fue su fiat. El viaje de Santa Rosa hasta Pereira duró por lo menos siete horas. Llevado en una camilla muy pesada, por una vía mala y muy resbaladiza, en hombros de 4 hombres, que se veía que apenas podían sostenerlo y no sabían dónde poner los pies, el buen Sr. Stappers debió sentir más de un sacudimiento y más de un sobresalto a lo largo del camino; sin embargo nunca se quejó. Habiendo caído uno de los 4 cargueros, poco después la camilla se volteó y el Sr. Stappers rodó por tierra en medio del lodo; pero ni un grito, ni un quejido dió. Eso me hizo ver su hondo espíritu de mortificación y de dominio de sí mismo.

"Apenas el clima cálido de Cartago lo reanimó un poco, empezó a hablar de sus esperanzas y proyectos de trabajo, lo cual acabó de convencerme de que él merecía todo el elogio contenido en el calificativo de "Gran trabajador" que le daban quienes lo conocían"

ULTIMOS AÑOS.—Cali.—Aunque medio sordo y ciego, jamás pierde su tiempo. En Cali se ocupa en enseñar el Catecismo a las niñas de las clases de nuestras Hermanas. Todos los días va difícilmente, a causa de sus enfermedades y de la distancia, ya a una escuela, ya a otra. Así mismo se presta gustoso a dar la conferencia hebdomadaria a las Hermanas del Seminario, o una conferencia mensual a las Hermanas de la Caridad o a las Hijas de María Inmaculada.

En la casa multiplica y prolonga sus visitas al Santísimo Sacramento y sus rosarios. Sin embargo le quedaban aún momentos libres. Felizmente, la Providencia había colocado a su lado, cohermanos caritativos y abnegados; uno le iba a hacer lecturas propias para sus catecismos y conferencias; otro la lectura espiritual en su cuarto, en alta voz; el hermano coadjutor le leía el Nuevo Testamento y la Imitación de Cristo y otras obras, cuando tenía tiempo.

Un hábil oculista le batió la catarata del ojo que no había sido operado y esta intervención tuvo buen éxito. ¡Qué alegría para el Sr. Stappers! El, tan piadoso, podía de nuevo leer su breviario y celebrar la misa del día; él, que no sabía perder un minuto, podía leer sin la ayuda de lector. ¿Y qué

leía? ¿Los periódicos? Muy poco, porque los hallaba insípidos. Leía la vida de los Santos, las biografías de los contemporáneos y obras de piedad.

Si Dios quiso probar a nuestro cohermano durante su larga existencia, supo también proporcionarle grandes alegrías. Una de las últimas y de las más dulces fue la celebración de sus bodas de oro sacerdotales, el 11 de junio de 1920. En esa ocasión recibió numerosas cartas y telegramas de felicitación llegados de Holanda, de Colombia, del Ecuador, de la nunciatura de Bogotá que le trasmitía la bendición del Santo Padre. El diario católico de Cali anunciaba este alegre acontecimiento, que coincidía con la fiesta solemne del Sagrado Corazón de Jesús, publicando el retrato del feliz jubilado y un artículo con este título: "*Homenaje de los antiguos alumnos de los Lazaristas*". Citaremos el pasaje final, el cual se refiere a la permanencia del Sr. Stappers en Cali: "*Desde 1917 Cali tiene la gran fortuna de tener en su seno a este Santo Sacerdote. Si un día, Dios irritado determinara castigar a esta ciudad, el Sr. Stappers sería uno de los cinco justos que ella debía presentar para detener la mano de su divina justicia...*"

*"Es un apóstol. Todos los días, a pesar de sus ochenta años y su mala vista, recorre el largo trayecto (poco más o menos 1.500 metros) que hay de su residencia al hospital, donde va a llevar su misión evangélica y sacerdotal. Y sin embargo, con la sencillez y la humildad que lo caracterizan y forman su mejor adorno, dice que no hace nada, que es una carga para su Comunidad..."*

La víspera, las Hijas de la Caridad que tenían entonces cuatro establecimientos en Cali, se reunieron en la casa Central para ofrecerle una fiestecita. Dió las gracias con algunas emocionantes palabras e impartió con el Santísimo Sacramento la bendición.

Al día siguiente, cantó la misa asistido en el altar por dos cohermanos que lo habían acompañado durante muchos años en Colombia. El Sr. Obispo, Excmo. Sr. Heladio Perlaza, aunque había celebrado ese día misa pontifical en la Catedral, quiso junto con su vicario general, tomar parte en el almuerzo ofrecido con tal motivo por la Comunidad. El Sr. Obispo Perlaza había conocido al Sr. Stappers en el Seminario menor de Quito, donde S. E. había sido un tiempo colaborador de nuestros cohermanos. A la hora de los postres, uno de los sacerdotes de la Misión leyó un bello discurso, del cual citaré un extracto:

*"Vuestro apostolado en América, lo consideráis, lo he oído de vuestros propios labios, como una gracia extraordinaria de*

*Dios; sin duda porque como la cosecha es grande y los obreros poco numerosos, encontrábais entre nosotros un campo más vasto para vuestro celo. Hace medio siglo que como apóstol abnegado, trabajáis infatigablemente en América; medio siglo que por vuestra palabra, vuestras oraciones, vuestro ejemplo, vuestra inteligencia, vuestro corazón, por el esfuerzo generoso de vuestro brazo y el sudor de vuestra frente, os preocupáis por el bien espiritual de los Americanos. Y si después de treinta años de ruda faena en el Ecuador, un decreto de proscripción os arrojó de ese país, me permito, en un transporte de alegría y gratitud, exclamar lleno de entusiasmo: ¡Oh, feliz culpa! Si un gobierno impío os ha desterrado de la patria de García Moreno, Colombia os ha acogido con alegría. El 23 de noviembre de 1899 tuvimos el gozo de recibirlos en Popayán. Soy testigo, señor, del amor, el celo, la prudencia con que habéis gobernado durante tres lustros los dos Seminarios de esa noble ciudad. Y si más tarde tuvisteis que dejar aquella amada tierra para continuar vuestra fecunda labor, primeramente en Santa Rosa de Cabal, en seguida en esta hermosa reina del Valle (Cali), nunca habéis olvidado nuestro querido seminario de Popayán. Vuestros hijos del Seminario de Popayán, toda la ciudad, testigos de vuestras virtudes, tampoco os han olvidado.*

*"Vuestro nombre es pronunciado por todo el mundo con respeto y veneración y las personas que han sabido de vuestras bodas de oro sacerdotales, se han apresurado a enviaros el testimonio de su amor y de su reconocimiento".*

El cohermano que hablaba era de Popayán, y lo que dijo entonces es la pura verdad. He aquí las pruebas: Uno de los antiguos alumnos del Sr. Stappers, hoy sacerdote, vino a ofrecerle una cadena y una cruz de oro, sobre la cual había hecho grabar: 6-11-1920. *Amor al R. Padre Juan Francisco Stappers*. Otro hizo el viaje de Popayán a Cali para ofrecerle, a nombre de algunos eclesiásticos, una tarjeta de oro en la cual se leía: *Honor y gratitud a nuestro muy digno Rector el R. Padre Juan Francisco Stappers, con motivo de sus bodas de oro sacerdotales. Junio de 1870-1920*.

El mismo día, el Gobernador del Departamento envió primeramente, una nota oficial de felicitación y poco después se presentó personalmente para ofrecerle sus respetos. Por la tarde envió la banda departamental a dar una retreta frente a nuestra modesta residencia.

En fin, el correo le trajo la carta de nuestro muy Honorable Padre Superior, que había querido enviarle sus felicitaciones y su paternal bendición. Cuando el Sr. Stappers la recibió y vió la firma, manifestó una gran alegría y exclamó:

“¡Ah, me faltaba esta carta!” ¡Amaba tanto la Congregación y a sus venerados Superiores!

Estas fiestas dejaron en su corazón un bálsamo de consuelo que le dió nueva vida. Para apreciar lo joven que, a pesar de la edad se conservaba el gran corazón del Sr. Stappers, puede leerse su respuesta a las felicitaciones que recibió del clero de Quito, respuesta reproducida en el “Boletín Eclesiástico del Ecuador”, de julio-septiembre de 1920.

“Cali, 23 de julio de 1920.

Reverendísimo Sr. Arsenio Suárez, deán del Capítulo  
Metropolitano de Quito.

Muy honorable Sr. y querido amigo:

Hace pocos días tuve el gusto de recibir un saludo muy cordial de usted y de muchos otros antiguos discípulos y amigos.

Estoy profundamente reconocido por esta muestra de honor y de afecto. He leído y releído las firmas de todos. ¡Cuántos recuerdos agradables traen a mi memoria los nombres de cada uno! ¡Cuánto placer habría tenido al abrazaros muy afectuosamente si me hubiera sido dado encontrarme en medio de vosotros! Lo único que puedo es pedir a Dios que os conceda a todos la felicidad de celebrar las mismas bodas de oro y a mí la de serviros de padrino, pero en Quito. El viaje no será muy difícil puesto que gran parte de mi corazón quedó en aquella República.

Os suplico, Reverendísimo Sr. Deán, saludar en mi nombre a todos los signatarios del mensaje. Oremus pro invicem. Por mi parte lo he hecho siempre desde que tuve que salir de ese amado Ecuador. En adelante, mis oraciones serán mucho más frecuentes. Dios quiera que sean también más meritorias en favor de sacerdotes tan dignos de mi estimación.

Tengo el honor de sucribirme, Sr. y muy Reverendo Vicario General,

Su humilde servidor y sincero amigo,

JUAN FRANCISCO STAPPERS

Las fiestas de las bodas de oro sacerdotales del Sr. Stappers habían tenido eco en Quito, no solamente entre los eclesiásticos sino también entre los laicos.

“El Comercio”, periódico de Quito, en su número del 11 de junio, le dedicaba un artículo bajo el título: “El Padre Juan Stappers”.

“No es sin la profunda emoción que causa el afecto cuan-

do el objeto amado se encuentra lejos, bien lejos de nosotros, como pronunciamos el nombre venerado de uno de nuestros maestros. Debemos hoy rendir homenaje a su memoria, nosotros, los numerosos ecuatorianos que encontramos en él, a la entrada de la vida, el más grande amigo, el más sabio de los maestros, el más prudente de los consejeros... La sociedad de Quito debe al Padre Juan Stappers buena parte de sus hombres de bien y la Iglesia del Ecuador muchos de sus sacerdotes ejemplares.

“Dotado de las cualidades que hacen al hombre superior, el Padre Juanito, como nos gustaba llamarlo, era el tipo del Director de Colegio y del formador de almas. De educación delicada y perfecta, de notable talento y energía para el mando, de maneras agradables y gran conocimiento del mundo y del corazón humano; con un don especial de asimilación y dotado de gran bondad, el Padre Stappers era un hombre robusto y de alta estatura, de aspecto elegante e imponente, pero también lleno de atractivos y de simpatía, amado y respetado de todos, a quien los padres de familia confiaban gustosos sus hijos y en quien éstos veían al mejor y más amable de los maestros.

¡Cuántos recuerdos agradables experimentamos al pronunciar su nombre! Lo vemos, después de tantos años, recorrer los claustros del Seminario menor de Quito, con su aspecto augusto y entrar al salón de estudios, donde nos encontrábamos esperando con temor y un poco de curiosidad, la lectura de las clasificaciones del mes. ¡Cuántas verdades nos decía! ¡Cuál no era nuestro asombro al ver qué bien nos conocía! ¡Cuántos consejos salían de sus labios y tan precisos para cada uno! ¡Cómo sabía formarnos chanceándose...!”

A principios de 1921 el Sr. Stappers se sentía declinar y se quejaba un poco. Sus catecismos le costaban más trabajo; pero no quería dejar de trabajar.

Hizo el retiro anual con sus cohermanos en el mes de septiembre de 1921. Se le veía seguir los ejercicios con dificultad. El superior trató con mucha delicadeza de hacerle comprender que debía renunciar a enseñar el catecismo. Al principio el Sr. Stappers guardó silencio, vaciló; al fin tuvo que declararse vencido. Para él fue un golpe mortal. Poco después comenzó a perder la memoria; no atinaba a rezar el Breviario. El médico constató un principio de congestión cerebral y ordenó pasarlo inmediatamente al hospital. Allí permaneció 19 meses poco más o menos, con alternativas de mejoría y de gravedad.

Allí todavía manifestó el celo que devoraba su alma de apóstol. Mientras pudo, gustaba de visitar las salas de los enfermos y dirigirles palabras de consuelo; les demostraba mu-

cho interés por ellos, los exhortaba a que se confesaran y rogaba por su salud y por sus almas. Con frecuencia se le veía con el rosario en la mano.

*La muerte.*—Pocos días antes de morir, dió una nueva prueba de la bondad de su corazón. Uno de sus antiguos cohermanos de Quito, a quien había conocido en la Casa Madre, iba a celebrar sus bodas de oro sacerdotales. El Sr. Stappers no lo olvidó y quiso escribirle personalmente una buena carta. Ensayó; con lápiz borroneó más de una página de papel. ¡Ay! debió confesar su impotencia; no atinaba con las palabras; repetía dos y tres veces de seguida las mismas expresiones; no terminaba las frases... Triste, suplicó a uno de sus cohermanos que le escribiera la carta y con su propia mano firmó... Cuatro o cinco días después entregó su alma a Dios, el 23 de mayo de 1923. El cohermano de Quito recibió primero la noticia de la muerte y más tarde la carta firmada por el querido difunto.

Estando ausente el Obispo de Cali, el Vicario General de la Diócesis, rodeado del clero de la ciudad, presidió el entierro. El cuerpo fue llevado al cementerio en hombros de personas notables que asistieron a los funerales.

Numerosos fueron los telegramas de condolencia recibidos cuando se supo su muerte. Todos están impregnados del olor de santidad que el querido difunto había expandido a su alrededor con su vida siempre ejemplar. Citemos algunos:

Un Canónigo de Popayán: *“Reciban mis condolencias por la pérdida del R. Padre Stappers, pero también mis felicitaciones porque hemos ganado un Santo en el Cielo”*.

El Superior de uno de nuestros Seminarios: *“Consolémonos de haber perdido un vivo modelo del perfecto misionero, seguros como estamos de poseer en el Cielo un nuevo intercesor”*.

Un párroco: *“Feliz aquél que muere como el Sr. Stappers santamente preparado”*.

El Sr. Visitador de la Provincia, informado de su muerte, escribió: *“Aún cuando estábamos esperando por momentos aquella triste noticia, su llegada nos produjo una pena profunda. Gozábamos tanto al pensar que en el Sr. Stappers teníamos a un Santo que rogaba por esta Provincia y por cada uno de nosotros. Por eso esperamos que ahora en el cielo no nos olvidará. A nosotros nos toca imitarlo”*.

Apenas se supo su muerte en Quito, varios periódicos le consagraron artículos necrológicos llenos de simpática veneración. En la Capilla de San Carlos del Hospital, se celebraron oficios fúnebres. El Arzobispo, Monseñor Polit, asistió a ellos y dió la absolución. El Visitador del Ecuador celebró la misa.

Las ceremonias fueron ejecutadas por los alumnos del Seminario mayor y el canto por los del menor.

Después de la misa, el Sr. Vicario General, Tomás Vergara, pronunció el elogio fúnebre, muy sencillo, muy sincero, muy verdadero. No resistimos al placer de reproducir la introducción:

*“Hace pocos días el telégrafo nos trajo la muy triste noticia de la muerte, lejos de nuestra patria, de un justo que nos perteneció durante varios años. Nuestra sociedad no ha olvidado sus ejemplos y le es deudora de beneficios importantes e incalculables, como pocos personas le han prodigado.”*

*“Bajo el impulso del dolor cristiano, de la noble gratitud y del recuerdo de sus beneficios, hemos venido a esta Capilla a unir nuestras súplicas a las de aquellos que, lejos de nosotros, lloran también allá en presencia de sus despojos mortales, a un padre y protector. Todos los labios pronuncian su nombre con amor, su santa memoria revive; parece que al morir, sus virtudes exhalan de nuevo un perfume celestial, y cada uno de nosotros, testigo de su santa vida, objeto y fin de su caridad infatigable, constituye una prueba de sus labores verdaderamente apostólicas. Ese religioso perfecto, ese sacerdote según el Corazón de Dios, ese educador sin rival, ese hijo de la Congregación de San Vicente de Paúl recibió en el bautismo el nombre de Juan Francisco; y nuestra sociedad, con motivo del afecto que su bondad supo inspirar, no lo llamaba sino con el afectuoso nombre de Padre Juanito...”*

*“Vengo en mi carácter de hijo espiritual a tomar parte en este duelo, que entenece mi corazón, y a nombre del clero de esta querida Arquidiócesis, formado por el celo ardiente de nuestro tan amado maestro y Director tan esclarecido, a unir mis pobres oraciones a las vuestras y como un huérfano, a consolarme en familia por el recuerdo de nuestro Padre; vengo en fin, a mezclar mis lágrimas con las vuestras”*.

Además de los cohermanos de Quito, estaban presentes todos los sacerdotes que fueron sus discípulos y muchos laicos de todas las clases sociales, que fueron también sus discípulos y delegaciones de diferentes comunidades religiosas.

El 13 de julio se celebraron otros oficios fúnebres en el Seminario menor de Quito, por iniciativa de los antiguos alumnos. Después de los oficios se efectuó la inauguración de una humilde placa de mármol, que fue colocada en la grada de honor de la casa, con esta inscripción:

*A la veneranda memoria  
del Padre Juan Stappers  
los alumnos de 1876 - 1899*

Luego se hizo donación a la casa de un retrato al oleo del Sr. Stappers cuando tenía de 40 a 45 años. En ese acto, el Sr. Dr. Sixto Durán, director del Conservatorio Nacional de Música, pronunció un discurso del cual citamos un fragmento, en el que hace el retrato moral del Sr. Stappers:

*“Dotado de un talento especial de penetración, perfecto conocedor de la psicología del niño y del joven, desbordante de amor por sus prójimos, trabajaba infatigablemente por el bien de aquellos a quienes la Providencia había colocado bajo su dirección. Organizador inteligente, observador discreto de los detalles, firmemente convencido de su difícil papel de Padre, gobernaba magistralmente su Seminario, como dirigía a cada uno en su camino, llevándolo de la mano afectuosamente, como una persona que conoce la vida y evita los peligros a aquél que no la conoce todavía. Suave sin debilidad, firme en cuanto al fin que se proponía, vertía a manos llenas el tesoro de sus bondades, fruto generoso y abundante de su corazón puro. Tal es, a mi modo de ver, la razón por la cual el recuerdo del Padre Stappers sintetiza agradablemente una época para sus alumnos... Época de impresiones inolvidables... La mejor época...”*

Se ve por los detalles anteriores cuán amado y estimado fue el Sr. Stappers en el Ecuador, y como también puede decirse que fué el Ecuador país muy amado por nuestro cohermano.

## VIRTUDES DEL Sr. JUAN FRANCISCO STAPPERS

### *P i e d a d*

Tanto a sus discípulos como a sus cohermanos, el Sr. Stappers daba ejemplos de trabajo y sobre todo de piedad. Decía sus oraciones despacio, con fervor, y procuraba que en los actos públicos fueran recitadas con respetuosa lentitud.

Contaba que en Quito un canónigo iba, por devoción, a rezar el rosario en la Capilla del Seminario menor, y lo hacía atraído por el fervor con que lo rezaban los alumnos. A este respecto el Sr. Stappers era muy exigente.

Deseaba también que todos respondieran a las oraciones vocales en voz alta e inteligible.

Hacer bien la oración mental era una de las constantes preocupaciones del Sr. Stappers. No contento con oír los puntos de la meditación, volvía, cuando la Comunidad se retiraba, a tomar el libro y leía toda la meditación.

Celebraba la misa con gran fervor. Cualesquiera que fueran sus ocupaciones, hacía invariablemente un buen cuarto de hora de acción de gracias.

En el altar pronunciaba las palabras de la liturgia con devoción, hasta con algo de escrúpulo; era por eso por lo que en la Consagración decía la fórmula, al menos las primeras palabras, en alta voz, exagerando la pronunciación de las consonantes finales, llegando a veces hasta repetir tales o cuales palabras que él creía no haber dicho bien.

En sus numerosos viajes, casi nunca dejó de celebrar la misa, así como tampoco dejaba de recitar el Santo Oficio.

Una vez viajando con un cohermano de salud delicada, el segundo día de camino a caballo, después de una mala noche se levantaron a la madrugada y tuvieron que esperar al sacristán casi una hora en la puerta de la iglesia. Después anduvieron todo el día. Por la noche con una luna muy clara llegaron a la casa de un sacerdote amigo del Sr. Stappers. Naturalmente la comida y la conversación se prolongaron... Cuando el Sr. Cura los condujo al cuarto en que debían pasar la noche, el Sr. Stappers quiso rezar Maitines y Laudes del Oficio del día siguiente. El pobre cohermano, rendido de cansancio y medio dormido, rezaba a más no poder el breviario. El Sr. Stappers de tiempo en tiempo lo exhortaba a que anduviera más despacio; en cuanto a él lo rezaba con el fervor acostumbrado.

Tenía una confianza admirable en Dios y en la intercesión de la Virgen y de los Santos. A las Hermanas, a las seminaristas y a las personas con quienes tenía amistad, les hacía hacer novenas, en las cuales tomaba parte; y por su fervor y su fe conseguía muchas gracias.

En los catecismos frecuentemente pedía oraciones a los niños, comuniones para alcanzar un favor que deseaba para sí o para otras personas. A las almas que se recomendaban a él les respondía: sí, con mucho gusto rogaré por esa intención, pero sobre todo haré rogar por ella a los niños.

*Piedad litúrgica.*—En Santa Rosa de Cabal, hasta cuando ya no podía leer, durante los oficios solemnes, tenía abierto su libro de canto de acuerdo con la regla de la Comunidad.

El Sábado Santo, una vez terminado el oficio, bendecía agua nueva, y recorriendo la casa rociaba todas las piezas; no dejaba ningún rincón sin bendecir.

Sus prolongadas visitas al Smo., antes y después de salir a la calle despertaban la piedad.

¿No es cosa digna de notarse la edificación que resulta a menudo de la práctica de nuestras reglas y de nuestras tra-

diciones? Fuera de esas visitas se le veía frecuentemente hincado, entre la sacristía y el tabernáculo de la capilla.

Había establecido en el Seminario menor de Quito la Cofradía de los Sagrados Corazones y la Adoración Perpetua. Con sus miembros (30, 40, 50) recitaba el oficio de la Cofradía los domingos y miércoles; también con ellos hacía, en los mismos días, la visita al Stmo. Sacramento.

De esa vida de unión con Dios, de su aplicación continua a la divina presencia provenía ese gusto tan exquisito que tenía por la liturgia y las grandes ceremonias. No puedo recordar sin una profunda edificación, la insistencia con la cual en Cali, aunque estaba impedido, se hacía conducir a la Catedral cuando en ella había ordenaciones; en el momento de la imposición de las manos, apoyado en el brazo de uno de sus compañeros, iba difícilmente a tomar parte en la religiosa y solemne ceremonia.

Con esto puede comprenderse su espíritu de fe, que lo hacía penetrar vivamente en los misterios de la liturgia; y aunque ciego, o casi ciego, su mirada interior, tan impregnada de las luces de lo alto, le hacía encontrar a Dios en los signos sagrados.

*Devoción a la Santísima Virgen.*—Celebraba solemnemente el mes de mayo, el cual terminaba con una pompa excepcional. En Quito, por ejemplo, después de la cena, niños y jóvenes en procesión recorrían cantando en honor de María, los alrededores de la planta bajo y del primer piso alto de la casa y luego las veredas del jardín. Por todas partes había estandartes, banderolas y guirnaldas en medio de las luces. Era una verdadera fiesta para la vista y el oído, sobre todo cuando se llegaba a la laguna, cuya isla espléndidamente iluminada se reflejaba en las aguas cristalinas. Ningún seminarista de aquella época ha olvidado esas tardes maravillosas.

A 45 kilómetros al N.E. de Quito, poco más o menos, está situada la aldea de "El Quinche", donde desde hace siglos se venera una imagen milagrosa de la Madre de Dios. En la modesta iglesia que conoció el Sr. Stappers, como en el vasto y suntuoso templo levantado más tarde por la piedad de los fieles, la Stma. Virgen gustaba de llenar de favores a los que la imploraban con confianza. El Sr. Stappers, Superior y profesor del Seminario menor de Quito, iba, según se dice, cada año durante las vacaciones, en romería a Nuestra Señora de "El Quinche". Podemos darnos una idea de lo que eran esas peregrinaciones por la narración corta pero edificante, que hace de su romería en 1897 uno de sus compañeros, el buen hermano coadjutor Guillermo Mentzen.

El viernes 30 de julio de 1897, sin duda después de haber

pasado la noche en el Seminario mayor, distante del menor dos largos kilómetros el Sr. Stappers celebró la misa en el Seminario mayor acompañado del hermano Guillermo y de dos mayoristas, partió a las 4 de la mañana para llegar a "El Quinche" a las 2 de la tarde aproximadamente.

Al día siguiente, el Sr. Stappers celebró la Santa Misa en el altar de Nuestra Señora, salió de "El Quinche" con sus compañeros a las 5 o 6 de la mañana, y llegó a las 2 de la tarde a Carapongo (hoy Calderón), donde vivía un amigo leproso. Hizo una corta visita al pobre enfermo y nuestros cuatro peregrinos regresaron a Quito, donde llegaron casi a las 6 de la tarde.

El Sr. Stappers, tanto a la ida como al regreso y durante la permanencia en el Santuario, estuvo rezando el rosario con sus compañeros. Como siempre, el Sr. Stappers hizo la romería a pié, con paso rápido. El buen hermano Guillermo, aunque era piadoso y virtuoso, nunca quiso repetir la peregrinación.

Gustaba mucho, como se ha dicho, de rezar el rosario y de hacerlo en común. En Popayán, durante las vacaciones iba a hora fija a invitar a alguno de sus cohermanos a rezarlo con él. Más tarde, cuando no podía recitar el breviario, se le veía a menudo con el rosario en la mano y en una actitud en la cual se manifestaba con cuanto fervor y devoción rezaba la oración preferida de María Santísima.

*Trabajo.—Empleo del tiempo.*—El Sr. Stappers fue toda su vida un trabajador infatigable. Un misionero que ama sinceramente su congregación, no cuenta para nada la pena, la mortificación, el sacrificio, mira únicamente lo que puede contribuir al bien de aquella. Así obró siempre el Sr. Stappers.

Muchos de los que lo conocieron dicen que parecía haber hecho el propósito de no perder un minuto. Ignoro si él hizo ese propósito, pero de lo que estoy seguro, es de que obedecía estrictamente a su conciencia. "No comprendo, decía, que haya quienes pierdan el tiempo sin escrúpulo".

A un joven profesor que le preguntó si no podría hacer un libro de chistes de las faltas de latín mas divertidas de sus alumnos, le contestó: "Eso sería perder tiempo".

Mientras pudo trabajar no leía periódicos, les suplicaba a sus cohermanos, que si en ellos encontraban algo interesante, se la comunicaran. Al fin de su vida algunas veces los veía por encima, pero sin interés; se cansaba pronto de su lectura y tomaba con placer un libro útil.

En la calle y hasta en la casa, menos cuando rezaba el

breviario o el rosario, andaba siempre aprisa como un hombre que tiene mucho trabajo.

Cuando quedó ciego, sabemos cómo—fuera de sus ejercicios de piedad de sus clases y de sus recreos—nuestros estudiantes de Santa Rosa se turnaban para leerle lo que quería.

Cuando a petición del Sr. Arzobispo de Popayán, pasó del Seminario menor al mayor, la enseñanza de la moral era nueva para él y exigía de su parte una seria preparación. Se le veía entonces, después de un estudio absorbente, salir de su cuarto con la mente tan fatigada que parecía como fuera de sí. Iba al refectorio a tomar rápidamente una taza de café bien caliente, y de nuevo sin descansar volvía al trabajo, restaurado por el estímulo que producía en él el buen café de Popayán. La comida de la tarde, según la costumbre general de entonces, era a las 4 y media. A las 8 iba a tomar una nueva taza de café y se ponía a corregir a la luz de una vela las numerosas tareas de latín de las dos clases que dictaba por la mañana en el Seminario Menor.

El ejercicio corporal convenía admirablemente a su robusta constitución. Los días de gran paseo iba siempre a pie con los alumnos, mientras que los cohermanos iban a caballo. En las cortas vacaciones de febrero, teniendo ya sesenta y cinco años, hizo tres días de marcha consecutivas, con los jóvenes del Seminario menor de Popayán, por caminos montañosos. En las otras vacaciones iba a pie a visitar a las Hermanas de un pueblo situado a 7 leguas poco más o menos. Después de decir misa muy temprano, se ponía en camino, con su sombrero de paja y armado de un gran bastón. Cuando estaba allí algún domingo, daba una conferencia a las señoras de la Caridad, luego a las Hijas de María y por último a las Hermanas. Verdaderamente era robusto e infatigable. Algunas personas en Quito, recuerdan aún el celo que mostraba para confesar a los niños que se presentaban en la Capilla del Hospital. Se dedicaba a las comunidades religiosas, particularmente a las Hijas de la Caridad, a las Madres de la Providencia, a las Religiosas de los Sagrados Corazones y de la Adoración Perpétua (Picpus). Hé aquí lo que dice la Superiora de esta última comunidad y que podrían decir también todas aquellas en favor de las cuales ejerció su celo:

*“Tuve el consuelo de conocer al Padre Juanito a causa de su proverbial bondad. Durante el tiempo que fue confesor en nuestra casa, pudimos apreciar sus grandes virtudes; estricto cumplimiento del deber, dulzura y paciencia inalterables, gran caridad y celo por el bien de las almas; en todo y siempre buscaba la gloria de Dios. Sabio y prudente director, con su paternal bondad tranquilizaba las almas y les devolvía la paz, tan necesaria en el camino de la perfección. Todas*

*las que lo hemos conocido, sabíamos apreciar su abnegación y lo respetábamos como a un santo. Adquirimos con él una gran deuda de gratitud”.*

Monseñor Calixto González, obligado una vez a interrumpir la visita de la Comunidad del Buen Pastor, pidió al Sr. Stappers que la terminara.

*Recuerdo—cuenta una hermana irlandesa de nacimiento—que nuestra madre nos repetía frecuentemente que había quedado admirada y encantada de la prudencia del Reverendo Padre.*

*En cuanto a mí, llegada hace poco, tenía mucha dificultad para hablar el español. El Sr. Stappers se ofreció para confesarme hasta que tuviera mayor conocimiento de la lengua y así lo hizo durante más de un año. Recuerdo que siempre juntaba las manos en las cuales tenía su camándula.*

La mayor parte de las numerosas visitas que hacía eran inspiradas por su caridad y su celo. Hacía muchas visitas, pero si eran íntimas o por motivos excepcionales, siempre eran cortas, sin sentarse siquiera. “Hoy no tengo tiempo, (decía, cuando lo invitaban a sentarse), eso será para la próxima vez” (que no llegaba casi nunca). Con exquisita cultura saludaba, consolaba, daba un consejo, reconciliaba las familias. Al retirarse, la casa quedaba embalsamada como después de haber pasado un santo”. Así se expresa Monseñor Manuel María Polit, Arzobispo que fue de Quito. Entre sus visitas es preciso señalar muy particularmente las que hacía en Quito a dos leprosos. Uno de ellos—antiguo médico del Seminario mayor que nunca aceptó honorarios—había sido médico del hospital de Quito y después, del lazareto. Vivía en una hacienda a 20 kilómetros al N.E. de la ciudad. El Sr. Stappers, Superior del Seminario menor, acompañado de un alumno, iba cada 15 días a hacerle una visita. Salía los miércoles a las 4 de la mañana y volvía a las 3 o 4 de la tarde, después de haberlo consolado. Se dice que comía con él... y que cada año, sin duda al regreso de su peregrinación a Nuestra Señora del *Quinche*, pasaba la noche en casa del leproso.

El otro leproso, antiguo estudiante de medicina, habitaba también a 20 kilómetros, poco más o menos, al Sur de Quito. Iba a confesarlo, cuando podía, sobre todo en las vacaciones. Todos esos viajes los hacía a pie.

En Popayán fue declarada leprosa la esposa de uno de sus amigos a quien conoció en el Ecuador. Durante muchos años el Sr. Stappers, iba cada semana a celebrar la misa en la casa de la pobre enferma, a confesarla y a consolarla como él sabía hacerlo.

Uno de sus queridos cohermanos de Popayán, dice:

*“En sus visitas a los enfermos y afligidos, muchas veces fui su compañero, lo cual me dió ocasión de admirar los sentimientos de fe y de caridad tan puros que a ellos lo llevaban”.*

El Sr. Stappers estaba lleno de caridad, de especial modo para con los miembros de las dos familias de San Vicente.

Estando en Popayán, gustaba de ir a veces a pasar unos momentos, el domingo o un día de fiesta, en el hospital para hacer con las hermanas un poco de recreo. Su intención era alegrar, estimular almas para animarlas en sus oficios, a veces penosos. Las distraía y las edificaba, les contaba alguna historia o un recuerdo de su vida en el Ecuador. Algunas veces aceptaba una taza de café que tanto le gustaba; después les daba la bendición con el Santísimo Sacramento y se retiraba.

Las Hermanas deseaban esas visitas, que tanto bien les hacían; quedaban como impregnadas del perfume de sus santas y agradables conversaciones.

Con mucho gusto se dedicaba al servicio de las Hijas de la Caridad. En Popayán y en Santa Rosa de Cabal les daba sin falta una conferencia cada mes, aun cuando estaba muy ocupado. Les confesaba cada semana mientras se lo permitía su sordera. A las niñas de sus escuelas les enseñaba el catecismo varias veces en la semana.

En el Seminario ponía en práctica con los alumnos su gran bondad. ¡A cuántos no ha sostenido, corregido, mantenido en su vocación! Sólo Dios lo sabe.

Lo que es notable y admirado de todos es el sincero afecto que le tenían y que todos han conservado.

*“Es algo muy hermoso y conmovedor, (decía recientemente un cohermano de Quito), ver tan vivo el reconocimiento de sus alumnos del Ecuador al cabo de más de 25 años de ausencia. El Vicario General de Quito, ha dicho con verdads “No hay ingratos para el Padre Stappers”.*

Siempre recibía a los alumnos con dulzura y en cuanto a los del Santuario, los llamaba, cada mes, al ejercicio de la dirección espiritual. Con los cohermanos se manifestaba muy bueno. Los sostenía como un padre en sus dificultades, los reprendía con dulzura cuando cometían faltas y les infundía valor en sus penas. Por eso, todos iban hacia él con confianza y nada temían tanto como causarle alguna mortificación.

Cuando era Superior, lo que más recomendaba a sus cohermanos, en público y en privado, era la unión de los corazones y el ejercicio de la caridad fraterna. En la conclusión del retiro de cada año, recalca siempre ese punto capital.

Hé aquí algunos detalles que nos da un misionero:

*“A mi llegada a Popayán, en septiembre de 1908, me dispensó una acogida paternal, lo cual no dejó de causarme alguna admiración, sabiendo que mi entrada al Seminario mayor en reemplazo de otro cohermano, contrariaba mucho sus planes. Sin embargo nada manifestó.*

*“Durante mi permanencia en Santa Rosa de Cabal, agrega el mismo misionero, lo que más me llamó la atención fué el cuidado que tenía (estando ciego) de hacerse leer las cartas de los cohermanos con el fin de prevenirlos él mismo con delicadeza cuándo debían recibir alguna mala noticia. Fue lo que hizo conmigo el Viernes Santo de 1915, con motivo de la muerte de uno de mis hermanos; cuatro cartas me habían llegado la víspera por la noche; me hizo entregar solamente 3, al día siguiente con muchas precauciones vino a comunicarme la noticia que me traía la otra”.*

Un cohermano refiere que un día, en el Ecuador, pasó por una casa de las Hijas de la Caridad donde el Sr. Stappers predicaba el retiro. Este le cedió la única cama que había y se contentó con un pobre catre de viaje. El cohermano era sin embargo mucho más joven, pero el Sr. Stappers dejaba siempre para los otros lo mejor que había.

¡Cuántas veces en los Seminarios, sacaba a los niños a paseo, en lugar del cohermano de turno que estaba cansado!

En la hora de la muerte habrá en el alma de algunos cristianos y tal vez también en la de algún misionero, un gran sentimiento: el de no haber sido bastante bueno para con el prójimo. El Sr. Stappers no pudo tener ese sentimiento; gustó siempre tanto de consagrarse a hacer el bien... Pensaba en ser bueno porque no ignoraba que Dios había de usar con él la misma medida que él hubiera usado con los demás.

*Profesor.*—Un cohermano, discípulo del Sr. Stappers en el Seminario menor de Popayán y más tarde estudiante en Santa Rosa de Cabal, dice de él:

*“Como profesor, el Sr. Stappers había recibido del cielo disposiciones maravillosas.*

*“Nunca suspendió, realmente el trabajo constante a que vivió consagrado, aun cuando N. S. lo privó de la vista.*

*“A su ciencia, unía al Sr. Stappers una verdadera pasión por la enseñanza, signo de los destinos que la Providencia le reservaba. De allí la amenidad con la cual entusiasmaba a sus alumnos a quienes distraía con sus ocurrencias o historias divertidas, de las que tenía rico repertorio”.*

Sus antiguos discípulos de Quito decían: sabía hacer interesante el tema de la clase, cualquiera que fuera. En Santa Rosa contaba a los cohermanos, con no disimulada satisfac-

ción que acababa de descubrir un nuevo método de enseñar la gramática; siempre trataba de buscar la manera de hacer la clase útil e interesante.

En gramática latina hacía cantar las declinaciones y las conjugaciones. A veces descubría alguna palabra de una manera pintoresca.

En historia caracterizaba cada personaje bajo el punto de vista físico y moral, poniéndose al alcance de los jóvenes, de tal manera que era imposible olvidar el retrato.

El Sr. Stappers era un gran profesor de latín y lo enseñó toda su vida. Siendo Superior del Seminario de Popayán, publicó una gramática latina en español.

Hay mucho bueno en esa gramática; sin embargo, está muy lejos de ser perfecta, por haber sido compuesta muy aprisa. Aun no la tenía escrita cuando, habiendo obtenido el permiso de sus Superiores, resolvió publicarla; y como nuestro cohermano vivía tan ocupado, no disponía del tiempo necesario para perfeccionar su obra. Por eso a veces, tenía que hacer recomponer una página por el tipógrafo hasta 3 veces, o bien hacer esperar al impresor, el cual felizmente lo quería mucho y tenía paciencia.

*El Educador.*—Conocía a los niños y se acomodaba al carácter de ellos sin perder su dignidad.

Imponía disciplina austera y rígida, dulce y agradable, sin hacer distinciones; trataba a cada uno según sus méritos.

Amplio en las cosas ordinarias, era en cambio intransigente cuando se trataba de la moral. Un día en Quito, personas de buena intención habían ofrecido al Seminario menor una función de cinematógrafo. El Sr. Stappers asistió con los profesores y alumnos. Durante la representación se impacientó: "Pervierten a mis discípulos". Algunos cohermanos y otras personas le dijeron que era muy aprensivo. "Quédense ustedes, si quieren, yo me voy con mis seminaristas".

Sabía vigilar, reprender con energía y algunas veces castigar severamente a los jóvenes sorprendidos en alguna falta. Si había error, recibía las explicaciones, las comprendía y no se hablaba más del asunto. En la intimidad, sobre todo, era bondadoso. Llamaba a su cuarto, tenía el secreto de ganar la confianza de todos. Con una amabilidad y una dignidad inalterables, aconsejaba, consolaba, a veces ayudaba pecuniariamente. Si era necesario reprender, lo hacía con caridad y prudencia.

El joven salía con lágrimas en los ojos, con algún confite en la mano. Cuando se trataba de un vigilante, éste se retiraba siempre después de la reprimenda con buenos consejos, estímulos... y un libretín con lápiz para anotar las faltas.

Esa bondad de corazón tenía una influencia especial so-

bre muchos de sus alumnos. Hé aquí un rasgo tomado al caso. Un joven muy travieso, muy disipado, a quien su profesor le ordenaba ponerse de rodillas en pleno estudio, vacila. "Si rehusó obedecer, se dijo interiormente, me expongo a la expulsión y sobre todo causo una gran pena al Padre Stappers, mi beefactor y mi padre..."; y obedeció.

*Recreos.*—Allí siempre digno, a pesar de todo, se mostraba tan bueno, tan niño con los niños, que éstos cuando le veían llegar, decían: "Allí viene papá". Le gustaba la franqueza y hasta la travesura..., jugaba con nosotros..., inventaba juegos..., pero cuando sonaba la campana volvía a ser el Superior.

*Vocaciones.*—Se ocupaba seriamente del porvenir de sus jóvenes y poseía una gran clarividencia en materia de vocaciones. En esta materia, decía un hombre ilustrado, tenía aptitudes naturales. Observaba con sagacidad, pedía a Dios y Dios le daba sus luces.

Un joven, alumno del curso de filosofía, había salido del Seminario menor de Quito, sin ningún motivo serio. Al cabo de 5 años, paseando el Sr. Stappers con uno de sus colaboradores, se detiene de repente diciendo: "¿Qué hace ese joven desde que salió del Seminario menor? ¿Dónde está?" El colaborador conocía su dirección. El Sr. Stappers escribió al ex-seminarista para invitarlo a volver y decirle que sería bien acogido.

Cosa curiosa: el joven recibió la carta en otro Seminario menor, donde acababa de entrar. Ese Seminario se cerró al finalizar el año escolar y nuestro joven volvió al Seminario de Quito.

Al cabo de algunos meses, nuevos caprichos del joven. Preparándose en secreto para el bachillerato, quiso salir definitivamente para no entrar al Seminario mayor. Advertido oportunamente, el Sr. Stappers lo llama y le dice sencillamente:

—¿Quiere usted ser feliz?

—Sí.

—Entonces quédese aquí y el año próximo entre al Seminario mayor.

—¿...?

—¿No cree usted que el año pasado me dió una inspiración del cielo para que después de 5 años de ausencia suya, hubiera tenido yo, de repente, la idea de escribirle y de llamarlo?

El joven se conmovió y se quedó. Al año siguiente pasó al Seminario mayor, donde recibió las órdenes, a su debido tiempo, y fue un buen sacerdote.

Hé aquí al educador en otra esfera. Oí decir que un día había dado confites a las niñas alumnas de las Hermanas. Mementos después les enseñó a participarles a los pobres.

¿Cómo no citar aquí las palabras autorizadas de uno de sus discípulos, el Vicario General de la Diócesis de Quito, pronunciadas con motivo de su muerte?:

*“Nuestro sentido Padre, además de la perfección religiosa y sacerdotal, tenía un don especial y casi inimitable de dirigir la infancia y la juventud. Han pasado los años; la pedagogía ha hecho grandes progresos; los maestros se forman por sistemas modernos, nuevos y perfeccionados; los métodos se multiplican, buscando la mayor facilidad para el niño, y sin embargo los hombres que han hecho estudios de pedagogía, sólidos y concienzudos y recuerdan la dirección, el método y la disciplina del Padre Juanito, han confesado con toda franqueza mezclada de admiración, que no es fácil ver entre nosotros un pedagogo de la talla de nuestro Padre Rector”.*

A la ciencia y la perfección se unían en él un corazón de oro, un conocimiento profundo del alma del niño y del joven y un discernimiento de los espíritus que llegaba a la clarividencia. “Hasta ahora no me he equivocado, decía él, en lo que concierne a las vocaciones; me causan pena únicamente dos jóvenes que no entraron al sacerdocio como les había aconsejado, y creo que no son felices”.

La explicación de este hecho es que para enseñar y educar, no basta saber y conocer métodos, así como para ser poeta u orador no basta tener inteligencia y saber de retórica; es necesario poseer cualidades especiales. Hé aquí por qué el maestro debe tener con la ciencia, el dón de enseñar y educar, el cual tiene su fundamento principal en la religión y la caridad. Sin estas cualidades las otras no podrían ser eficaces.

*Superior.*—“Como Superior, pienso, nos dice un cohermano, su antiguo alumno, es necesario ver primero en él, al santo: *Pro eis sanctifico meipsum*. Todo cuanto puede decirse de la sólida virtud del Sr. Stappers es poco, frente a la realidad. Su solo exterior impresionaba ya profundamente. ¿Y qué decir de su espíritu de piedad, de recogimiento y de unión con Dios? ¡Con cuánto fervor celebraba el Santo Sacrificio de la misa, rezaba el oficio divino y el rosario, paseándose lentamente por los corredores de la casa central de Santa Rosa!”

La santidad era ciertamente lo que admiraban más en él sus discípulos.

El profesor de un colegio laico de Quito, escribe con motivo de su muerte:

*“De alta estatura, bien formado, robusto como una encina, con su mirada penetrante y su bella cabeza digna de una aureola, mirábamos, nosotros los niños, a nuestro Superior como un coloso que se inclinaba para sonreírnos... ¿Cómo producía él ese extraño fenómeno de que a la vez que lo respetábamos lo amábamos como a un padre y al mismo tiempo como a un semi-Dios? ¡Ah! Es que la santidad tiene sugestiones irresistibles. De su persona se exhalaba tal perfume de rectitud que nos cautivaba a todos. Era un alma de niño que trabajaba con una cabeza de sabio”.*

Oiremos el mismo testimonio de la boca del ilustre Vicario General de Quito:

*“Gracias a su santidad, a su ciencia y a sus raros talentos de profesor y de educador, el Padre Juanito hizo del Seminario menor de Quito, un santuario de virtud, un foco de sólidos estudios, una escuela de moralidad, de trabajo, de orden y de disciplina y, en fin, una casa de paz y de alegría para los alumnos y profesores. ¿Quién de nosotros no recuerda esos años tan felices?”*

No olvidemos la nota de abnegación. Siendo Superior, tenía más clases que cualquier otro profesor; ordinariamente tenía cuatro por día y corregía concienzudamente los deberes escritos. Cuando estaba libre, reemplazaba al profesor que dejaba de asistir.

*Pobreza. Pureza.*—Cuidaba de todos los objetos de su uso personal. Era de una limpieza exquisita en su persona y en su habitación, donde no tenía sino lo necesario y en un orden perfecto. La primera cosa que hacía todas las mañanas al entrar, era quitar el polvo.

Jamás cargaba dinero ni lo tenía en su cuarto. Solamente en su carácter de Superior, recibía los estipendios de las misas, los cuales entregaba con frecuencia al Procurador. Y como no tenía ningún dinero personal, cada vez que quería dar una limosna, iba sencillamente a pedir al Procurador lo que pensaba dar.

No pedía ni aceptaba nada de particular para él. Solamente lo hizo en los últimos años de su vida y con visible pena.

Le gustaba que sus cohermanos practicaran la pobreza; sin ser avaro. Citaba algunas veces, riendo, el hecho de un Procurador de una de las casas en que había vivido: Habiéndole pedido el Sr. Stappers un día tres o cuatro botones para su sotana, el Procurador le contestó: “Aquí tiene tres”.

Nuestro cohermano era el verdadero tipo del misionero que puede decir con exactitud con el gran apóstol: *Habentes alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus*. Teniendo qué comer, y con qué cubrirnos, contentémonos con esto.

Citaré dos hechos que demuestran su *pudor* y su *amor a la pureza*.

No hablaba jamás sin indignación contra la madre de un joven compañero de infancia, cuyas conversaciones llegaron a ser escandalosas debido a haberlas oído así, a su propia madre, en diálogos con otra mujer. A menudo salía de paseo con sus cohermanos y aunque tenía con ellos mucha confianza e intimidad, jamás lo ví tomar ni un baño de pies en su presencia; y cuando sus compañeros de paseo, obedeciendo a las necesidades higiénicas y a las costumbres de los países de América, se preparaba a tomar un buen baño en las aguas frescas y limpias de un río, el buen Padre Stappers se retiraba a la mayor distancia posible.

*Algunos rasgos de carácter.*—El Sr. Stappers era muy sensible. Le encantaban las pequeñas atenciones. No olvidaba un aniversario, ni otras fechas o circunstancias que daban ocasión de hacer alguna manifestación a otras personas.

Como era muy impresionable, no siempre lograba ocultar a la ajena mirada la emoción interior; su cara se iluminaba con la menor alegría y alteraba con cualquiera contrariedad. Debía luchar contra esas manifestaciones involuntarias de su sensibilidad que a veces lo hacía sufrir y solían afectar penosamente a los que con él vivían.

Su actividad natural se convertía luego en apresuramiento.

Contaba él mismo, que estando en el Ecuador, en un viaje con el Sr. Claverie, su primer Superior, pasaban la noche en un mismo cuarto; y habiéndole preguntado éste a qué horas quería levantarse: "A las tres", le contestó el Sr. Stappers.

"Pues bien, duerma tranquilo, que a las tres en punto lo llamaré". Pero el Sr. Stappers inquieto, despertaba de tiempo en tiempo y encendía la vela para ver la hora. Varias veces el Sr. Claverie le dijo: "¡Pero Sr. Stappers, quédese tranquilo que a las tres lo despertaré!" Mas él no podía; no lograba dominarse.

Un hombre verdaderamente virtuoso a veces parece tenaz; en efecto, debe, para seguir la línea adoptada, no ceder a algunas solicitudes que parecen legítimas a los que las hacen. El Sr. Stappers seguía los ejemplos de San Vicente; para imitarlo, rehusó siempre volver a su país; para imitarlo, no quería hacerse fotografiar. Con ocasión de su cincuentenario

de sacerdocio, resistió lo más que pudo al deseo que le manifestaban de tomarle un retrato; al que consintió a instancias del Vicario General, que fue el operador, pero el Sr. Stappers no pudo dominar su contrariedad tan notoria, que quedó impresa en la fotografía. Y la única que poseemos del Padre Stappers está muy lejos de mostrar su sonriente fisonomía.

*Muy alegre.*—Había vivido siempre en medio de los niños y gozaba en su compañía. Tenía carácter tan joviel con las otras personas, como con los niños. En el Ecuador, después de un día entero de andar a caballo, acompañado de un cohermano, llegó por la noche a una casa de mucha confianza. Terminada la comida organizó un juego de sociedad... puso un nombre a cada uno... y cada cual debía levantarse al ser llamado. Su compañero, muy maltratado por el viaje y un poco entumido, recibió el nombre de "*la sardina*" que al fin se levantaba muy lentamente con gran hilaridad de la asistencia.

Cuando le referían una de esas aventuras tan divertidas de Antioquia y le decían que era un cuento, él replicaba: "No se debe decir eso, porque hace perder la ilusión y el encanto de la narración".

Durante el recreo no quería que se hablara de filosofía, de teología o de cosas demasiado serias. Quería distraerse y reír; le gustaba entonces contar historias, las cosas chistosas que le habían sucedido con los alumnos, sus propios sueños.

Un día nos contó uno de sus sueños: Se acababa de morir... lo habían colocado en el ataúd, que aún no habían clavado, y lo habían llevado a la capilla. Después de la vigilia y la misa, un cohermano se dirigió a la concurrencia: "No podemos, hermanos míos, conducir a su morada los despojos mortales de nuestro querido cohermano, sin edificarnos, durante algunos instantes, con el recuerdo de sus virtudes..." "Entonces, dijo, me diriji a las personas más cercanas al ataúd: "*Destápenme para poder oír*".

El Sr. Stappers daba a veces sus enseñanzas con un talento sutil que se unía para el efecto a una exquisita delicadeza. En Santa Rosa, en lugar de decir que hay algunos que en la meditación se dejan vencer del sueño: "Hay algunos que dejan caer su bonete durante el rezo".

En Quito, para despertar a un dormilón, joven sacerdote liturgista, colaborador en el Seminario menor, va a tocarle la puerta: "Sírvase tener la bondad de decirme cuáles son las conmemoraciones de la misa".

Alguien le mostraba una camándula, que tenía hace muchos años: "¡Si usted no la usa, le durará mucho más!".

*Estimación de la vida. Amor al trabajo.*—No podía ver

los cipreses porque decía, son árboles de cementerio; e hizo quitar tres que había delante de sus ventanas en Santa Rosa. Igualmente, en Santa Rosa, no estuvo tranquilo hasta que hizo modificar la forma de la pared que quedaba frente a la calle, la cual, según decía, parecía pared de cementerio.

¿De dónde provenía esta aprehensión? ¿Temor a los juicios de Dios? ¿Horror natural de la separación del alma y el cuerpo? No lo sabemos. Lo que sabemos es que amaba, o mejor dicho, estimaba la vida, sin duda para tener tiempo, él que tan bien lo empleaba, de servir más a Dios y hacer mayores bienes a las almas. Por eso le gustaba oír hablar de casos de longevidad extraordinarios.

Hay personas que llegan por una especie de cansancio de la vida y a consecuencia de los trabajos sufridos, de las pruebas y decepciones a desear el reposo eterno; personas a quienes los años han quebrantado, o por lo menos debilitado en algo la voluntad de vivir.

En el Sr. Stappers no había nada semejante. Este hombre—de temperamento robusto y de carácter alegre, lo que es un gran auxiliar en la vida—había estado siempre recargado de trabajo. Si había gozado en gran manera de la gratitud de sus discípulos (aunque la gratitud sea ordinariamente un fruto tardío) y de la estimación de todo el mundo, preladados, clero, cohermanos, miembros de diferentes comunidades, numerosos fieles que lo conocían, el Sr. Stappers había pasado por grandes, numerosas, largas atribuciones, muy penosas para su corazón tan sensible; las enfermedades llegaron sucesivamente, fuertes jaquecas, la sordera, bastante pronunciada, luego la ceguera; pero el Sr. Stappers no perdió nada de su energía, de su necesidad de trabajar.

En sus conversaciones amaba recordar al Ecuador, y a las personas que allá había conocido; tomaba parte en las alegrías y tristezas de su segunda patria; pero no hacía la revista de sus propias pruebas, así como tampoco tenía palabras de reproche para aquellos que tantas penas le habían causado.

Como San Pablo, en cierto modo había podido decir: *“Olvido lo que hay detrás de mí y voy con toda mi alma hacia lo que hay delante. Quae retro sunt obliviscens ad ea quae sunt priora extendens meipsum; como San Pablo también, a diferencia de aquellos Santos que desean la muerte para ver a Dios y amarlo más, había podido agregar: “Pero para vosotros deseo quedarme y vivir más; permanere autem necessarium propter vos”.*

Cada día se entregaba al trabajo con el ardor de la juventud renovada en el santo altar; daba la clase a pesar de su sordera, hasta a los niños; procuraba oír las confesiones de los hombres.

Cuando quedó ciego, se hacía leer por nuestros hermanos

estudiantes, siempre tan serviciales, los autores que le eran necesarios y útiles para la clase de moral; y gracias a su excelente memoria, podía, en tan deplorables condiciones, definitivas para otros que no fueran como él, enseñar con claridad y competencia.

San Vicente dice en alguna parte: “Si yo no puedo subir a las grandes cátedras, procuraré ocupar las pequeñas; y si todavía no me entendieran, ¿quién habría de impedirme hablar como os hablo ahora sencilla y familiarmente?”

El Sr. Stappers lo imitó sin decirlo, cuando en Cali, al fin vencido por las enfermedades, siguió trabajando en la enseñanza del catecismo a los niños, casi hasta su última hora.

Volviendo a estos recuerdos, podemos decir que él estimaba la vida; la amaba con ardor como amaba las menores partículas del tiempo. Para él era un verdadero don de Dios, uno de los talentos que nos ha concedido y de los cuales debemos darle cuenta. Y ese talento, como los buenos servidores lo hizo fructificar.

Concluamos: El Sr. Stappers fue un fiel servidor de Dios. Trabajador que no conocía el descanso; animaba su entusiasmo con una vida de profunda piedad y de gran amor a Dios. Confiaba un día a un cohermano, que sabía de memoria el librito del Sr. Noel Verán Aubry, Lazarista: “Jesús conocido, amable, amante”, de tanto haberlo leído y meditado.

Por sus virtudes, se mostró, puede decirse con verdad, un *verdadero hijo* de San Vicente, a ejemplo de los primeros compañeros de nuestro Santo fundador. Nos dió en su persona, el modelo de lo que nosotros mismos debemos ser, para hacernos, a nuestro turno, verdaderos hijos del bienaventurado Padre y sus afortunados compañeros en la Misión del Cielo.



Traducido del francés por Manuel Sinisterra.